

*Contributi/8*

## ***La Revolución Rusa y la Comuna de París***

### **La ambivalente presencia de la memoria revolucionaria\***

Edgar Strachle

Articolo sottoposto a doppia *blind review*. Inviato il 15/09/2019. Accettato il 01/02/2020.

#### **RUSSIAN REVOLUTION AND PARIS COMMUNE: THE AMBIVALENT PRESENCE OF THE REVOLUTIONARY MEMORY**

This text deals with the problem of tradition and memory, in particular of the revolutionary ones, before, during and after the Russian Revolution. The aim is to show how revolutions, despite being defined by their rupturist character, do not cease to be related to tradition and how continuity and discontinuity are intertwined within them. To this end, I analyze the memory of the Paris Commune in the context of the 1917 revolutions and, in particular, the pragmatic, political and/or strategic uses that were made of it, something that connects with Claude Lefort's account of power. What I show is the ambivalence of the memory of the Commune. If at first it could serve as a great example for revolutionary inspiration and mobilisation, once power was seized it became a problematic episode and was even used to criticise the incipient Soviet state.

\*\*\*

#### **Introducción**

Las revoluciones irrumpen como quiebras del presente que lo arrumban hacia un nuevo y supuestamente promisorio futuro, pero también, y aunque a veces se olvide o subestime, han cultivado al mismo tiempo una íntima y no poco importante relación con el pasado. A menudo, asimismo en este campo ponen en marcha y desencadenan otra revolución, desplazando la memoria oficial y sustituyéndola por otra alternativa; una memoria compuesta, entre otros, por el

---

\* La investigación de este texto se ha realizado en el marco del proyecto *Vulnerabilidad en el pensamiento filosófico femenino. Contribuciones al debate sobre emergencias presentes* (PGC2018-094463-B-100 MINECO/AEI/FEDER, UE) y del GRC *Creació i pensament de les dones* (2017SGR588).

recuerdo de las injusticias pasadas, por las luchas anteriores respecto a las cuales se presenta como su continuación o colofón, así como por referentes vitales o de pensamiento en los que se inspira y justifica su acción. Las revoluciones, en suma, también recogen y mantienen viva una herencia del pasado que de diversos modos influye sobremanera en los derroteros del presente y, o al menos eso se desea, del futuro. Así promueven una suerte de memoria negativa que se contrapone y desafía a la hegemónica y desde la que, si se tiene éxito, se pretenderá dotar de un nuevo pasado y de una nueva tradición a la sociedad emergente. Las revoluciones, pues, no solo se dan en el presente o en el futuro, sino también en y desde el pasado.

En este contexto, por supuesto, se debería hablar de Walter Benjamin. El filósofo alemán fue plenamente consciente de la conexión entre la revolución y la tradición, de la interpenetración mutua de pasado y presente, así como del complejo engarce de la continuidad y la discontinuidad. Por ejemplo, en la famosa decimocuarta tesis de filosofía de la historia destacó cómo para Robespierre la antigua Roma era un pasado cargado con tiempo-ahora (*Jetztzeit*) que saltaba por encima del *continuum* de la historia. De ahí que la Revolución Francesa, además de caracterizarse por su dimensión novedosa y rupturista, llevara a cabo lo que Benjamin denominó un salto de tigre hacia el pasado y también se interpretara a sí misma desde la imagen de una Roma que retorna. De este modo se atestiguaba que la revolución no es solo y nada más que presente.

La Revolución Rusa, como muchas otras, también constituye un buen ejemplo de esto y los empeños de sus actores por transformar radicalmente el presente se acompañaron de manera reiterada de un relato histórico que, según variaban las circunstancias, los conflictos y los rivales, también se iba alterando. O donde sobre todo variaban la interpretación y la valoración que se hacían de un pasado tan solo hasta cierto punto maleable. Ese discurso se pobló de referencias históricas, las cuales podían remitir a episodios nacionales como las distantes insurrecciones de Stenka Razin (1670-1671) y Pugachov (1773-1775) hasta el más cercano levantamiento decembrista (1825), que por ejemplo inspiraría el nombre del diario revolucionario *Iskra* («la chispa»)<sup>1</sup>, o sobre todo la reciente revolución de 1905, que para buena parte de los protagonistas de 1917 constituyó un tesoro de experiencias y una escuela de aprendizaje. No por casualidad muchas de las figuras destacadas de la segunda ya habían participado en la primera. Ahora bien, los referentes evocados también podían traspasar las fronteras nacionales y conectar con acontecimientos lejanos en este caso geográficamente, pero reivindicables dada la aspiración internacional del socialismo, como la Revolución Francesa o la más reciente Comuna de París de 1871, el episodio al cual dedicaremos mayor espacio.

Lo que con estas referencias se hacía era establecer una conexión o un puente con épocas anteriores; evidenciar que ambos tiempos, tanto presente

---

<sup>1</sup> D. Gaido y M. Jozami, *El grupo Iskra y el modelo «leninista» de organización proletaria. Un debate en el seno de la socialdemocracia rusa*, «Revista izquierdas», XXXV, 2017, p. 330.

como pasado, estaban interconectados y, de diversos modos, se respaldaban mutuamente. Al respecto no hay que olvidar que desde la memoria se cultiva un vínculo de pertenencia, de identificación e incluso de identidad. Como se refleja en el verbo inglés *remember*, la memoria ayuda a integrarnos y a recordarnos como miembros (*members*) de una comunidad. Estos miembros no solo comparten el presente sino también un pasado común. Y es que sin esta labor de la memoria podrían quedarse desarraigados y al margen de un mundo cuyo rostro oficial o hegemónico les resulta hostil y frente al cual porfían por formar junto a otras personas una suerte de contramundo. La memoria aparece desde este prisma como un espacio de aprendizaje, de descubrimiento, de transformación y también de identificación; un espacio en el que pasado y presente dialogan y se entremezclan, donde, por usar las célebres palabras de Ernst Bloch, se percibe la «contemporaneidad de lo no contemporáneo»<sup>2</sup>. Si a Gueorgui Plejánov el episodio de la Comuna no le interesaba ya a inicios del siglo XX y consideraba que dicho acontecimiento no era nada más que «historia antigua»<sup>3</sup>, para la mayor parte de los revolucionarios, entre los cuales Lenin y Trotsky, sucedía más bien lo contrario: la Comuna era una imagen plenamente actual que conectaba con el presente e incluso con el futuro.

La tradición revolucionaria, en el fondo, no constituye sino un oxímoron, uno en donde se entremezclan las ideas de transformación y de permanencia, de continuidad y de discontinuidad, de ruptura y de conservación y, por supuesto, de pasado y de presente. De ahí precisamente que la cuestión de la tradición se haya presentado como un problema no solo teórico sino también práctico en la revolución. Y es este aspecto dúplice, la compleja y no siempre coherente ni armoniosa relación de la revolución (en este caso la rusa) con la continuidad y con el pasado aquello en lo que estas páginas tienen la intención de profundizar.

## 1. Rusia y la tradición revolucionaria

Por lo menos a nivel práctico, los revolucionarios han sido plenamente conscientes de la relevancia y de la visibilidad de la tradición revolucionaria y los rusos, desde luego, no fueron una excepción. La confrontación política que tuvo lugar en 1917, por eso, se acompañó de una lucha simbólica que se puso de manifiesto en la construcción y propagación de un relato alternativo de la historia, así como de una memoria otra, pero también se mostró en otros elementos tales como las banderas, las imágenes, los rituales, los símbolos, los cánticos, los eslóganes o las festividades (entre las cuales, la del 18 de marzo, en recuerdo de la Comuna de París). En suma, lo que se proporcionaba era asimismo toda una metanarrativa, por emplear los términos de Graeme Gill en *Symbols and Legitimacy in Soviet Politics*. Con ello, además, no solo se aportaba un imaginario y un universo simbólico repleto de remisiones al pasado que

---

<sup>2</sup> E. Bloch, *Erbschaft dieser Zeit*, Frankfurt 1985, *passim*.

<sup>3</sup> Citado en G. Haupt, *El historiador y el movimiento social*, México 1986, p. 60.

desafiaba al gobierno en el poder, en un principio el zarista, sino que también se quería que prevaleciera como el hegemónico entre los diversos movimientos o partidos que lo desafiaban y que a su vez rivalizaban entre sí. El objetivo de esta metanarrativa no era solo diferenciarse del enemigo contra el cual combatían y agruparse en un mundo otro, al menos a nivel intelectual y simbólico, ya que también se perseguía la hegemonía de las propias posiciones alternativas dentro de este mundo otro. La lucha simbólica, pues, se daba tanto hacia fuera como hacia dentro. O a menudo se quiso convertir el adentro en otra forma de afuera.

Como han señalado Orlando Figes y Boris Kolonitskii en *Interpretar la revolución rusa*,

la lucha política entre los partidos socialistas se definió, en gran medida, por la pugna para establecer los símbolos comunes de la tradición revolucionaria. Cada facción se esforzaba por controlar los símbolos de la clandestinidad (la bandera roja, la Marsellesa, las palabras clave y los lemas de la liberación, etcétera) que dominaban la cultura política de 1917, y que por sí solos eran capaces de movilizar un apoyo masivo. El que se apoderase de la bandera roja o monopolizase el significado de su léxico estaba en la mejor posición para dominar también la revolución<sup>4</sup>.

Un caso especialmente interesante fue el de *La Marsellesa*, que tocaba un aspecto tan importante como la vertiente musical de la revolución. Esta conocida obra, pese a ser despreciada por un Lenin que la consideraba como una composición burguesa, fue a la hora de la verdad la más entonada por los revolucionarios, e incluso lo fue entre los liberales del partido kadete<sup>5</sup>. Para quienes la cantaban, *La Marsellesa* servía como la respuesta política y musical al himno oficial ruso del zarismo, *Dios salve al zar*, y como la apelación a un mundo distinto al del momento. Su popularidad estaba en aquellos momentos muy por delante de *La Internacional*, mucho menos conocida y obra del *communard* Eugene Pottier (a quien, por cierto, Lenin dedicó un breve escrito encomiástico por haber tenido el talento a la hora de propagar la revolución desde la música)<sup>6</sup>.

Además, la historia del uso de *La Marsellesa* aporta un muy buen ejemplo para constatar la complejidad de la pragmática de la tradición. La versión del himno revolucionario francés que predominó en los acontecimientos de 1917 no fue la original, sino una modificada y publicada por Piotr Lavrov en 1875, quien la tituló *Renunciemos al viejo mundo* y que se popularizó en el transcurso de la Revolución Rusa de 1905. En esta *Marsellesa Rusa*, por añadidura, no solo variaba la letra, también lo hacían la melodía y el ritmo, más lento que en la clásica partitura de Rouget de Lisle. *La Marsellesa*, y con ella la evocación en una clave musical de la Revolución Francesa, perduró y se expandió por el tiempo y por el espacio, pero lo hizo a cambio de sufrir no pocas variaciones, especialmente

---

<sup>4</sup> O. Figes, y B. Kolonitskii, *Interpretar la revolución rusa: el lenguaje y los símbolos de 1917*, Madrid 2001, p. 17.

<sup>5</sup> D. Shlapentokh, *The Images of the French Revolution in the February and Bolshevik Revolutions*, «Revue des études slaves», XVI, 1989, p. 33.

<sup>6</sup> Lenin, *Obras completas. Volumen XXII*, Moscú 1984, pp. 286-287.

en la letra, que sin embargo no alteraba sustancialmente su vertiente simbólica. Para pervivir, la tradición tuvo que aprender a modificarse y flexibilizarse para adecuarse al nuevo contexto desde el cual se la invocaba<sup>7</sup>.

Tras el triunfo comunista se fue produciendo un cambio en la escena musical. El himno «nacional» elegido para Rusia, pronto la Unión Soviética, fue *La Internacional* hasta 1944, cuando se adoptó la famosa composición de Aleksandr Aleksandrov. Los bolcheviques intentaron y consiguieron apropiarse de *La Internacional* frente al resto de corrientes socialistas y la hicieron sonar de manera continuada en los actos políticos: de himno revolucionario que desafiaba al poder establecido pasó así a convertirse en la banda sonora oficial del gobierno de la revolución. Por ello, el acto de negarse a cantarla en público, como de manera simbólica hicieron los insurrectos de Kronstadt en 1921, pasó a ser identificado como una forma de resistencia y de desafío al régimen<sup>8</sup>. La música, a lo largo de toda la revolución, estuvo impregnada de un componente político que fue variando según el desarrollo de los acontecimientos. Un aspecto poco conocido es que en esos mismos años también se readaptaron muchas operas clásicas para integrarlas de algún modo en la memoria revolucionaria, con lo que *Los hugonotes* de Meyerbeer pasó a ser *Los decembristas*, *La vida por el zar* de Glinka se convirtió en *La hoz y el martillo* y *Tosca* de Puccini en *La batalla de la Comuna*<sup>9</sup>.

El vínculo con el pasado, como se ha comentado, se puso de relieve de muchos otros modos, desde la bandera oficial (que a partir de la Revolución de Febrero sería la roja, la también enarbolada por la Comuna)<sup>10</sup> hasta el incipiente culto a la memoria de los héroes revolucionarios, quienes fueron rápidamente

---

<sup>7</sup> Menos sabido todavía es que también en los episodios de 1871 se cantó profusamente *La Marsellesa*, pero se trató asimismo de una versión modificada respecto a la original que fue conocida como *La Marsellesa de la Comuna* y que arrancaba con unas líneas que conectaban el presente *communard* con el admirado pasado de la Revolución Francesa. «*Français! Ne soyez plus esclaves! / Sous le drapeau, rallions-nous / Sous nos pas, brisons les entraves / Quatre-vingt-neuf, réveillez-vous*».

<sup>8</sup> O. Figes y B. Kolonitskii, *Interpretar la revolución rusa*, p. 97.

<sup>9</sup> O. Figes, *La Revolución Rusa, 1891-1924: la tragedia de un pueblo*, Barcelona 2010, 799ss.

<sup>10</sup> Al respecto ha escrito Bronislaw Baczko: «La historia de la bandera comunista, más allá de lo anecdótico, es reveladora de los complejos mecanismos que conforman la base del trabajo de representación simbólica. La necesidad experimentada espontáneamente por el naciente movimiento obrero de tener, y por lo tanto de inventar, una bandera para sí con el fin de marcar su identidad y su diferencia en el plano simbólico ya se manifestaba en los años treinta del siglo XIX. Sin embargo, el campo simbólico no estaba vacío, incluso la cantidad de colores era limitada porque algunos ya habían sido ‘tomados’, particularmente por las banderas nacionales. La búsqueda del color propio para el movimiento obrero se hizo a tientas y con dudas entre el rojo, el negro, el arco iris y el azul. Luego de elegido el rojo, y en especial después de la Comuna, la imaginación colectiva proyecta sobre los orígenes de esta bandera (que remonta, por un complicado desvío, a 1791, al principio de la Revolución Francesa, cuando la bandera roja no simbolizaba la revuelta sino, por el contrario, la instalación del estado de urgencia contra los ‘tumultos’ y la ‘anarquía’) todo un simbolismo legendario: rojo porque había sido empapado con sangre obrera (más adelante, en un contexto totalmente distinto, encontraremos el gesto simbólico de empapar la bandera en la sangre, gesto que reactualiza lo legendario)» (B. Baczko, *Los imaginarios sociales: memorias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires 1999, p. 15).

inhumados bajo el Kremlin. Uno de sus ejemplos más visibles se dio en la terminología política empleada, con apelaciones constantes a los jacobinos (a menudo asociados a los bolcheviques), a los girondinos (a los liberales), al bonapartismo (como el achacado a Kerensky) o sobre todo más tarde a Termidor, por no hablar de las ya ampliamente difundidas categorías políticas de izquierda y derecha, de una expresión como «enemigo del pueblo» o del nombre de decretos como el famoso ¡La patria socialista está en peligro!, que hacía referencia al famoso *La patrie en danger* del 11 de julio de 1792 y que más tarde, por cierto, daría nombre al conocido diario de Blanqui.

Asimismo, en las instituciones, en denominaciones como los comités o los comisarios hasta los tribunales revolucionarios o la Asamblea Constituyente, así como en apelativos como los de ciudadano (*grazhdanin*) y ciudadana (*grazhdanka*), la alusión a la Revolución Francesa era bien clara. Para pensar y nombrar el presente no se cesaba de hacerlo desde el pasado. Aunque a veces también se quiso ir más allá de él, como con el apelativo de «camarada» que acabó por sustituir al de «ciudadano»<sup>11</sup>. En ocasiones, como sucedió a su vez con *La Marsellesa*, heredar y emular el pasado no significaba otra cosa que superarlo y, con el tiempo, intentarse distinguir de él. Con ello no se renunciaba a ese pasado. Más bien se generaba una distancia que permitiera el reconocimiento y reivindicación de las novedades habidas desde entonces, en algunos casos las propias, y la inclusión de estas, incluso en una posición preeminente, en el seno de la tradición revolucionaria.

La influencia de la Revolución Francesa también se mostró en hechos como que el mismo Kerensky, fascinado por los hechos acaecidos en 1789 y más adelante, llegó a considerar que la Revolución Rusa solo debía traducirla directamente al presente<sup>12</sup>. La revolución, pues, podía transformar radicalmente el propio tiempo en que uno vivía, pero también hacerlo desde un difuso ideal de emulación y continuidad (una en realidad no exenta de bruscos saltos temporales y geográficos) con un acontecimiento anterior. Por ello, el mismo Kerensky, quien supo cultivar con éxito la dimensión simbólica de la política y centrarla además en su personalidad, pretendió parangonarse con figuras gloriosas de entonces como Mirabeau o Napoleón<sup>13</sup>. Esta misma idea de continuidad se dio en otros ámbitos, incluso en el ejército, donde el reciclado general Alekséi Brusilov, frente al caos que creció en las fuerzas armadas de la revolución, sostuvo que se debía aplicar la dura disciplina impuesta en su momento por los gobiernos de la Revolución Francesa<sup>14</sup>. Por supuesto, la cuestión del Terror también facilitaría, tanto entre sus partidarios como entre sus detractores, que menudearan los paralelismos

---

<sup>11</sup> O. Figes y B. Kolonitskii, *Interpretar la revolución rusa*, p. 91.

<sup>12</sup> D. Shlapentokh, *The Images of the French Revolution in the February and Bolshevik Revolutions*, pp. 35-36.

<sup>13</sup> O. Figes y B. Kolonitskii, *Interpretar la revolución rusa*, pp. 53-54.

<sup>14</sup> D. Shlapentokh, *The Images of the French Revolution in the February and Bolshevik Revolutions*, p. 39.

entre las dos revoluciones. Y si en un principio Lenin había explicitado que no lo repetirían, tras tomar el poder modificaría sintomáticamente sus posiciones<sup>15</sup>.

Gracias a la victoria de la revolución, los bolcheviques dispusieron de una gama superior de recursos para el cultivo de la memoria, algo que se pudo mostrar en aspectos tan diferentes como los cambios en el calendario, en las nuevas formas de producción teatral o cinematográfica (como las famosas películas de Eisenstein) o, en fin, en la organización de nuevas festividades, algo que se comenzó a percibir en la celebración de un 1 de mayo de 1918 acompañado de un concierto en honor a los mártires de la Revolución de Octubre<sup>16</sup>. Un mes antes, el nuevo Estado ya había fabricado y distribuido el primer símbolo de la nueva identidad colectiva, una insignia de pecho para el ejército rojo compuesta por un martillo y un arado<sup>17</sup>. En otras ocasiones, en cambio, lo realmente simbólico era poco más que el color rojo: no solo con la estrella o la bandera rojas, también con una bayoneta o una locomotora del mismo color que, respectivamente, hacían referencia al ejército y a las fuerzas de la historia caminando hacia delante<sup>18</sup>. En este contexto también se debería hablar del famoso cartel *Golpead a los blancos con la cuña roja* de El Lissitzky. Si bien en rigor no eran discursivos, todos estos elementos descendían de una tradición revolucionaria a la que hacían vistosamente alusión y cuya presencia visibilizaban por doquier. De forma progresiva, hubo esfuerzos para que el propio imaginario fuese prácticamente omnipresente.

Una de las principales muestras del cultivo de la memoria revolucionaria se manifestó en la monumentalización de la propia tradición revolucionaria. Al respecto Susan Buck-Morss cuenta en *Mundo soñado y catástrofe* que

algunos meses después de la Revolución de Octubre, Anatolii Lunacharskii (...). anunció en una reunión de artistas y escultores lo siguiente: «Vengo de hablar con Vladimir Ilich [Lenin]. Ha tenido una vez más una de esas afortunadas y absolutamente fascinantes ideas, con las que a menudo suele impresionarnos y entusiasmarnos. Tiene la intención de decorar las plazas de Moscú con estatuas y monumentos a los revolucionarios y a los grandes luchadores del socialismo». Lenin le había dicho que este plan de «propaganda monumental» había sido una idea que había acariciado durante mucho tiempo. Debía ser el arte público el que escribiera la historia en el espacio

---

<sup>15</sup> Todavía en noviembre de 1917 afirmó que «nos echan en cara que empleamos el terror, pero nosotros no empleamos, y espero que no lo empleemos, el terror de los revolucionarios franceses, que guillotinan a gente desarmada. Y espero que no tengamos que emplearlo, puesto que la fuerza está de nuestro lado. En los casos de detenidos, hemos dicho que los pondremos en libertad si firman que no se dedicarán a sabotear» (Lenin, *Obras completas. Volumen XXXV*, Moscú, 1986, p. 65). Más tarde, en cambio, hablará de un terrorismo reactivo y defensivo, uno que habría venido impuesto por la actitud de las potencias extranjeras, y advirtió por ejemplo que «es claro que toda tentativa de la Entente de reanudar los métodos de guerra nos obligará a reanudar el terror» (Lenin, *Obras completas. Volumen XXXV*, p. 106). En un discurso de 1919 añadió: «¡Que renuncien a él los señores capitalistas rusos y sus aliados, Norteamérica, Francia e Inglaterra, es decir, quienes impusieron el terror a la Rusia Soviética!» (Lenin, *Obras completas. Volumen XXXIX*, Moscú 1986, p. 143).

<sup>16</sup> J. M. Faraldo, *La revolución rusa: historia y memoria*, Madrid 2017, p. 189,

<sup>17</sup> G. Gill, *Symbols and Legitimacy in Soviet Politics*, Cambridge 2011, p. 28.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 34.

urbano. Las masas veían la historia mientras caminaban por la ciudad. La revolución entraba en el extraordinario mundo del día a día<sup>19</sup>.

Solo un año después de la Revolución de Octubre, manifestando así la prioridad que se concedía a esta cuestión, ya se erigieron estatuas en recuerdo a Marx y a Engels. Más adelante se levantaron muchas otras a héroes revolucionarios que, de nuevo, no solo eran rusos sino también internacionales, tales como Danton, Marat, Babeuf, Robespierre o Garibaldi (y asimismo compositores como Beethoven o Chopin). Incluso un anarquista como Bakunin recibió su estatua. Además de una revolución política, por eso, se impulsó una revolución simbólica que se propagó por numerosos campos. Uno bien conocido fue la revolución onomástica que afectó a un buen número de localidades rusas. Probablemente la primera en ser rebautizada fue la de Alexeievsk, que poco más de un mes más tarde de la Revolución de Febrero pasó a llamarse Svobodni (Libertad o ciudad libre)<sup>20</sup>. Con el transcurso del tiempo esta iniciativa, habitual en otras revoluciones y ya promovida en la Revolución Francesa, afectó a ciudades tan importantes como Petrogrado (renombrada Leningrado justo después de la muerte del revolucionario ruso), Nizhni Novgorod (que pasó a llamarse Gorki en 1932), Ekaterimburgo (que devino Sverdlovsk) o Tsaritsyn (la luego famosa Stalingrado). Al cabo de los años el mapa de Rusia se llenó de topónimos relacionados con ilustres figuras de la tradición revolucionaria como Kaliningrado, Ordzhonikidze, Kírov, Kúybishev, Frunze, Brézhnev, Andrópov e incluso Togliatti, en honor al comunista italiano<sup>21</sup>. Por cierto, también la ciudad de Gatchina cambió su nombre y se llamó Trotsky entre 1923 y 1929.

Esta revolución onomástica también se manifestó en la toponimia urbana (con lo que se multiplicaron las calles y plazas que portaban el nombre de la revolución o de sus principales protagonistas), pero también permeó y se extendió hasta la esfera privada. Las personas con apellidos como Romanov, Tsarev (zar) e incluso Rasputín quisieron cambiarlos por otros menos «negativos» (algo a lo que las autoridades no siempre accedieron), y sucedió lo mismo con nombres de pila como Nikolai, el más popular hasta entonces debido al zar<sup>22</sup>. En cambio, comenzaron a abundar muchos nombres propios que hacían referencia a la revolución, tales como Lenin y Trotsky, pero también Marx, Serpina (Hoz), Diktatura, Parizhkommuna e incluso Terrora<sup>23</sup>.

---

<sup>19</sup> S. Buck-Morss, *Mundo soñado y catástrofe: la desaparición de la utopía de masas en el Este y el Oeste*, Madrid 2004, p. 54.

<sup>20</sup> O. Figes y B. Kolonitskii, *Interpretar la revolución rusa*, p. 85.

<sup>21</sup> G. R. F. Bursa, *Political Changes of Names of Soviet Towns*, «The Slavonic and East European Review», LXIII, 1985, pp. 161-193.

<sup>22</sup> O. Figes y B. Kolonitskii, *Interpretar la revolución rusa*, p. 87-88.

<sup>23</sup> O. Figes, *La Revolución Rusa, 1891-1924*, p. 806.



## 2. Lenin y el glorioso legado de la Comuna

La Comuna de París, a pesar de que solo durara poco más de dos meses (del 18 de marzo al 28 de mayo de 1871), fue un episodio de una repercusión y de una trascendencia política enormes, un acontecimiento que en seguida se celebró como la primera revolución proletaria de la historia, una que desplazaba las burguesas al pasado. Esa trascendencia también incrementó debido a la crudelísima e inaudita represión de Adolphe Thiers, que causó la muerte de decenas de miles de personas por sus vínculos o su participación en la revolución. De ahí que los supervivientes, muchos de los cuales se refugiaron en el extranjero, difundieran las ideas de la Comuna y no cesaran de mantener viva la memoria de lo sucedido, una contrapuesta a la condenatoria versión oficial de lo acaecido.

Esta contrahistoria y contramemoria de la Comuna tuvo una influencia de primer orden en el seno de una tradición revolucionaria para la que lo sucedido en 1871 devino un emblema revolucionario de carácter internacional. Desde España o Alemania, y hasta la misma Rusia, la Comuna fue reivindicada por revolucionarios de un gran número de países y sus efemérides fueron celebradas por quienes se situaron bajo su legado. Por ello mismo, la Comuna también devino un tema central de encomio y de reflexión entre muchos de los principales teóricos de la revolución de aquel tiempo. Para empezar, la encontramos en figuras de la importancia de Karl Marx, como en su *La Guerra civil en Francia* y en textos más breves como su famosa carta a Ludwig Kugelmann, donde retrató el acontecimiento de 1871 en los términos de «un nuevo punto de partida, de una importancia histórica universal»<sup>24</sup>. Por su parte, desde el anarquismo, otro referente de primera línea como Bakunin escribió que «la próxima revolución internacional y solidaria de los pueblos será la resurrección de París»<sup>25</sup>. Finalmente, y aunque podríamos citar muchos otros ejemplos, Piotr Kropotkin agregó que «bajo el nombre de Comuna de París, nació una idea nueva, llamada a ser el punto de partida de las revoluciones futuras» y agregó que «entusiasmo, no por lo que ha hecho, sino por lo que promete hacer el día que triunfe»<sup>26</sup>.

Así pues, la memoria de la Comuna, una memoria además reivindicada (pese a que en modo alguno estuvo exenta de críticas) por todas las corrientes revolucionarias del momento, pasó a ser una memoria para el presente, pero también una para el futuro, donde se confiaba en que lo acaecido atesorara el potencial de hacer germinar, más adelante, unos acontecimientos de un carácter más o menos semejante. La derrota pretérita debía inspirar e iluminar el derrotero de la revolución del porvenir y de este modo se corroboraba la dimensión prospectiva que escondía el pasado.

Si, según el dicho, la victoria tiene muchos padres y la derrota no tiene ninguno, se podría decir que en el caso de la Comuna ocurrió más bien lo contrario, algo que asimismo ha sucedido en ocasión de otros acontecimientos

---

<sup>24</sup> K. Marx, *Cartas a Kugelmann*, La Habana 1975, p. 210.

<sup>25</sup> M. Bakunin, *La revolución social en Francia*, Madrid 1980, p. 189.

<sup>26</sup> P. Kropotkin, *Palabras de un rebelde*, Barcelona 1900, pp. 91 y 97-98 respectivamente.

revolucionarios que, pese a ser vencidos y aplastados, no dejaron de ser un objeto de recuerdo y de admiración. La memoria de la Comuna se convirtió rápidamente en un espacio de litigio y de debate intelectual, un acontecimiento que por eso mismo padeció no pocas maniobras de apropiación (y, desde luego, de desfiguración) con el propósito de adaptar la interpretación de los hechos pretéritos a la posición política de cada movimiento en el presente y a las medidas que querían emprender<sup>27</sup>. De ahí que la Comuna, cuyo recuerdo era en no pocas ocasiones romantizado e idealizado, se pudiera metamorfosear en un episodio anarquista o comunista según el posicionamiento político de los autores que la analizaban o reivindicaban. De ahí también que todavía casi medio siglo después, y pese al reciente éxito de la Revolución Rusa, Yevgueni Preobrazhenski se esforzara en su libro *Anarquismo y comunismo* (1918) en refutar el retrato de la Comuna de Kropotkin y, frente a este, la presentara como un gran ejemplo de lo que era y debía ser un Estado Proletario<sup>28</sup>. Como recordó Walter Benjamin, ya en 1896 Franz Mehring, el conocido biógrafo de Karl Marx y un pensador que destacó la ambivalencia de los episodios de 1871<sup>29</sup>, puso de relieve que «la historia de la Comuna de París se ha convertido en la piedra de toque sobre la táctica y la estrategia que la clase trabajadora revolucionaria ha de emplear para alcanzar la victoria definitiva»<sup>30</sup>. Como la bandera roja que la representaba o la Internacional que compuso uno de sus participantes, el recuerdo de la Comuna quiso ser apropiado por los diferentes revolucionarios. Y con ello la dotaron de unas vidas posteriores (*afterlives*) que no dejaron de ser productivas, donde la memoria de lo sucedido se alimentó y se mezcló con los juicios y debates que se hicieron de ello.

Lenin no fue ajeno a toda esta cuestión, como tampoco lo fueron otros revolucionarios como Trotsky, Stalin, Martov, Zinoviev, Kamenev, Bujarin, Radek o el citado Preobrazhenski. Todos ellos escribieron al menos alguna vez, y en general varias, acerca del acontecimiento. Como muestra de admiración, Lenin llegó a afirmar en 1911 que «la causa de la Comuna es la causa de la revolución social, es la causa de la completa emancipación política y económica de los trabajadores, es la causa del proletariado mundial. Y en este sentido es inmortal»<sup>31</sup>. Además, me gustaría rescatar dos conocidos ejemplos de su vida

---

<sup>27</sup> F. Borkenau, *State and Revolution in the Paris Commune, the Russian Revolution, and the Spanish Civil War*, «The Sociological Review», 29, 1937, pp. 41-75.

<sup>28</sup> En concordancia con la línea discursiva de la época, y que luego visitaremos, añadió más adelante: «Este Estado era muy imperfecto, y lo que agrada a Kropotkin en la Comuna era, precisamente, su defecto como órgano combativo del proletariado. Cuanto más fuertemente hubiera tendido la Comuna de París a organizar, a subordinar las fuerzas revolucionarias de Francia a su dirección, cuanto más rápidamente hubiera creado una organización centralizada que actuase militarmente e implantase más disciplina y orden en su ejército, tanto más éxito hubiera tenido en su lucha contra el gobierno burgués de Thiers» (Y. Preobrazhenski, *Anarquismo y comunismo*, México 2011, p. 65).

<sup>29</sup> F. Mehring, *Zum Gedächtnis der Pariser Kommune*, «Die Neue Zeit», XIV, 1896, pp. 737-740.

<sup>30</sup> Citado en W. Benjamin, *El Libro de los pasajes*, Madrid 2005, p. 789.

<sup>31</sup> Lenin, *Obras Completas, Volumen XVII*, Buenos Aires 1969, p. 133.

y de su obra que testimonian y condensan la importancia que le dio a dicho acontecimiento.

El primero es una anécdota histórica. Según se cuenta, una vez que la revolución de octubre superó los 72 días que había durado la Comuna de París, Lenin habría decidido salir a bailar en medio de la nieve y a festejar esta gesta delante del Palacio de Invierno. En ese momento los bolcheviques estaban lejos de alzarse con la victoria frente a sus numerosos enemigos, tanto internos como externos, pero la celebración se justificaba porque por lo menos habría logrado entrar en la historia y en la memoria revolucionaria como el nuevo referente a seguir. El presente había sido capaz de ir más allá del pasado y Octubre se había puesto por delante de la Comuna<sup>32</sup>.

El segundo episodio también es bastante ilustrativo. Lenin dejó la redacción de *El Estado y la revolución*, que finalmente publicaría inacabado, para incorporarse de manera activa e impulsar con éxito la Revolución de Octubre. Entonces se despedía en el libro con la frase de que «más agradable y más provechoso vivir “la experiencia de la revolución” que escribir acerca de ella»<sup>33</sup>. Ahora bien, lo digno de resaltar para este contexto es que en este libro, en el cual repensó la revolución que en esos mismos momentos se estaba desarrollando en Rusia y en verdad rompió con parte de su línea de pensamiento anterior, no solo dialoga con los principales referentes de la tradición marxista, y en especial con Marx mismo (de lo que se sirve por ejemplo para justificar la violencia revolucionaria), sino que también reflexiona en todo momento desde la experiencia histórica y la herencia legada por la Comuna de París. El diálogo con ambos, tanto con el pensador como con el acontecimiento, antecedió e inspiró su intervención en la Revolución de Octubre. En otras palabras, en vez de actuar directamente desde la coyuntura del presente se refugió en el pasado para comprenderlo y abordarlo mejor. Y es que uno de los principales usos de la tradición revolucionaria ha residido en este carácter mediador e inspirador.

Lenin se dejó iluminar por el pasado, mas no lo siguió sumisa o dócilmente. Para él, siempre estuvo claro que la Comuna era un referente indispensable, pero uno que al mismo tiempo debía ser examinado cuidadosamente para no caer en un fetichismo del pasado como el que él mismo achacó a los blanquistas. En su opinión, las enseñanzas a extraer de la Comuna también dependían de una actitud crítica que fuera capaz de detectar y solventar sus indudables errores. Por

---

<sup>32</sup> K. Ross, *Lujo comunal: el imaginario político de la Comuna de París*, Madrid 2016, p. 10. Unos años antes, por cierto, el mismo Lenin había señalado que la fallida revolución rusa de 1905 había sido el más grandioso movimiento del proletariado, solo por detrás de la Comuna. «Debemos proclamar en público y a plena voz, para enseñanza de los vacilantes y los pobres de espíritu y para vergüenza de los que reniegan del socialismo y lo abandonan, que el partido obrero ve en la lucha revolucionaria directa de las masas, en la lucha de octubre y diciembre de 1905, el más grandioso movimiento del proletariado después de la Comuna de París; que sólo en el desarrollo de esas formas de lucha reside la garantía de los éxitos futuros de la revolución; que esos ejemplos de lucha deben ser para nosotros un faro en la educación de las nuevas generaciones de luchadores» (Lenin, *Obras Completas, Volumen XVII*, Moscú 1983, p. 50).

<sup>33</sup> Lenin, *El Estado y la revolución*, Caracas 2009, p. 177.

ejemplo, en un escrito temprano, *Dos tácticas de la socialdemocracia* (1905), ya advirtió que «cuanto más entrañable es para nosotros, por ejemplo, la Comuna de París de 1871, tanto menos podemos toleramos salir del paso con alusiones a la misma sin examinar sus errores y sus condiciones peculiares»<sup>34</sup>. Más tarde, en su prefacio a la traducción al ruso de la correspondencia entre Marx y Kugelmann elogió al primero por su texto *La guerra civil en Francia* y añadió de él que, «sin ocultar al proletariado ni un solo error de la Comuna, dedicó a esta *proeza* una obra que es *hasta hoy* la mejor guía en la lucha por conquistar el «cielo»»<sup>35</sup>. No solo el recuerdo de la Comuna, sino también su crítica constructiva, podían y debían ser herramientas muy útiles para guiar la revolución futura.

Toda la obra de Lenin anterior a 1917 está salpicada por referencias a la Comuna que, en algunos casos, derivaron en escritos breves dedicados a analizarla y evaluarla. Por ejemplo, en 1908, después de la intentona revolucionaria de tres años antes y entablando un diálogo con estos hechos, publicó *Las enseñanzas de la Comuna*, donde insistió en el carácter didáctico del pasado en general y de la revolución parisina en particular. Al respecto, especificó que «la Comuna enseñó al proletariado europeo a plantear en forma concreta las tareas de la revolución socialista» y que «el proletariado no olvidará la lección recibida. La clase obrera la aprovechará, como ya la aprovechó en Rusia durante la insurrección de diciembre»<sup>36</sup>. Esta idea ciceroniana de la historia como *magistra vitae* se ha repetido a menudo en la tradición revolucionaria.

En este escrito, además, siguió de manera explícita la senda marcada por Marx en *La guerra civil en Francia* y, pese a elogiar la Comuna, se manifestó en contra de que los *communards* no se hubieran atrevido a expropiar a los propietarios ni a asaltar el banco de Francia. O reprochó que sus protagonistas siguieran demasiado imbuidos de ideas proudhonianas. Asimismo, recriminó la magnanimidad excesiva de una Comuna que le había llevado a no querer eliminar a sus adversarios. En opinión de Lenin, los *communards* se dejaron llevar por una conducta ética y moral excesiva, sin comprender que una revolución es una lucha armada y una guerra civil donde la toma violenta del poder es un paso crucial que, para más señas, debe ser ejecutado con la mayor celeridad posible<sup>37</sup>.

Lenin regresó al mismo tema en 1911 en su escrito *La memoria de la Comuna*, cuando lanza una pregunta que testimonia de nuevo la conexión de los revolucionarios con los episodios de 1871 así como la importancia de la tradición revolucionaria: «¿por qué, pues, no sólo el proletariado, no sólo el francés, sino el de todo el mundo, honra a los hombres de la Comuna de

---

<sup>34</sup> Lenin, *Obras completas. Volumen XI*, Moscú 1982, p. 73.

<sup>35</sup> *Ibid.*, p. 405.

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 482.

<sup>37</sup> «En lugar de exterminar a sus enemigos, que era lo que debía haber hecho, trató de influir en la moral de ellos, menospreció la importancia que en la guerra civil tienen las acciones puramente militares y, en vez de coronar su victoria en París con una ofensiva resuelta sobre Versalles, se demoró y dio tiempo al gobierno versallés de reunir las fuerzas tenebrosas y de prepararse para la semana sangrienta de mayo» (Lenin, *Obras Completas, Volumen XVI*, Moscú 1982, pp. 481-482).

París como a sus predecesores?»<sup>38</sup>. Lenin repasa aquí las virtudes y los defectos de la Comuna y se interroga por el rol y el potencial de su herencia, aunque asimismo aborda un punto nuevo que repetirá varias veces en el futuro y que entronca con las tesis de su obra fundamental ¿Qué hacer?: él apunta ahora que la ausencia de un partido obrero organizado, disciplinado y centralizado impidió formar y dirigir a los proletarios de una manera óptima. Desde este prisma, la Comuna habría sido un episodio glorioso y memorable, y al mismo tiempo también uno incompleto, dado que le habría faltado un tipo de organización como el propugnado por Lenin. Así pues, la Comuna se le aparece como un episodio que recordar y reivindicar, pero también uno que superar. El triunfo bolchevique en la Revolución de 1917 serviría para confirmar el diagnóstico y hacer prevalecer esta interpretación en el seno de la tradición revolucionaria.

Como se ha antedicho, muchas otras obras de Lenin hacen alusión a la Comuna, en especial a partir de 1903 (fecha en que pronunció un discurso sobre el tema en Londres que se ha perdido)<sup>39</sup>. Sin embargo, las referencias se multiplicaron sobre todo en 1917, a causa del fragor de la revolución y de la importancia de apropiarse en esos momentos del principal emblema de la tradición revolucionaria y, a su vez, de extraer las lecciones adecuadas del pasado para el presente. Por ejemplo, ya en las *Cartas desde lejos* que Lenin escribe desde Suiza y justo antes de retornar a Rusia, el revolucionario ruso apeló al recuerdo de 1871 (y también al de 1905) para desmarcarse de los anarquistas y defender la necesidad de instituir un poder revolucionario y, por ello, de un Estado<sup>40</sup>; de un Estado ciertamente especial que él llamará un Estado-Comuna<sup>41</sup>. Lenin también hará referencia a la Comuna desde esta misma perspectiva en sus conocidas y en su momento muy polémicas, también entre los bolcheviques, *Tesis de abril*.

En 1917 el diario Pravda comparó con frecuencia a la Comuna con los hechos que se sucedían<sup>42</sup> y, como es lógico, estas referencias también se encuentran en otros revolucionarios del momento. Por ejemplo, en marzo de

<sup>38</sup> Lenin, *Obras Completas, Volumen XVII*, p. 129.

<sup>39</sup> Lenin, *Obras completas. Volumen VII*, Moscú 1981, p. 460. Otro texto perdido es el informe perdido sobre la Comuna de París que presentó en Ginebra en marzo de 1905 y del cual solo se conserva el plan de lectura (Lenin, *Obras completas. Volumen IX*, Moscú 1982, p. XIX).

<sup>40</sup> Lenin, *Obras completas. Volumen XXXI*, Moscú 1986, p. 43ss. Un poco después, en sus *Cartas sobre táctica*, especifica: «Yo *defiendo*, con una claridad que excluye toda posibilidad de confusión, la necesidad del Estado en esta época, pero -de acuerdo con Marx y con la experiencia de la Comuna de París-, no de un Estado parlamentario burgués de tipo corriente, sino de un Estado *sin* un ejército permanente, *sin* una policía opuesta al pueblo, *sin* una burocracia situada por encima del pueblo» (*ibid.*, p. 146). En cambio, en una conferencia impartida en abril de 1917 dirá: «Si los Soviets toman el poder, no se tratará ya de un Estado en el sentido usual de la palabra. Hasta hoy no ha existido nunca un poder estatal de ese tipo que se haya sostenido mucho tiempo, pero todo el movimiento obrero mundial ha tendido hacia él. Será precisamente un Estado del tipo de la Comuna de París. Este poder es una dictadura, es decir, no se apoya en la ley ni en la voluntad formal de la mayoría, sino de modo directo e inmediato en la violencia. La violencia es un instrumento de poder» (*ibid.*, pp. 370-371).

<sup>41</sup> *Ibid.*, p. 150.

<sup>42</sup> A. Willimott, *Living the Revolution: Urban Communes and Soviet Socialism, 1917-1932*, Oxford 2017, p. 43.

1917 Trotsky, quien años antes había reflexionado sobre la Comuna en *Nuestras tareas políticas* y la invocó como ejemplo para refutar el blanquismo, escribió *Bajo la bandera de la Comuna*, donde la describió como «el mayor acontecimiento de la historia de la lucha proletaria» y añadió que, pese a su fracaso, sus planes y tareas «entraron en el corazón de los mejores hijos del proletariado del mundo entero; se han convertido en la herencia revolucionaria de nuestra lucha»<sup>43</sup>. Sin embargo, y pese a la admiración que despertaba, no todas las alusiones eran del todo positivas. Para gente como Kamenev no se debía olvidar que la Comuna había sido derrotada y que evocaba un escenario en el que la insurrecta capital fue aplastada por el resto del país, algo que temía que pudiera volver a suceder en el Petrogrado de 1917.

Las referencias más importantes a la Comuna son seguramente las de *El Estado y la revolución*, cuya experiencia le sirvió a Lenin como referente y discurso legitimador desde la tradición revolucionaria para distinguir la revolución burguesa de la auténticamente proletaria y, con ello, justificar el asalto al poder que se acometerá en la Revolución de Octubre. Lo interesante del libro, para empezar, es que Lenin destaca en su obra la continuidad de la Comuna, ciertamente bajo condiciones diferentes, con las revoluciones rusas de 1905 y 1917<sup>44</sup>. Además, su lectura de la Comuna se supedita reiterada y explícitamente a la autoridad interpretativa de Marx, cuyas enseñanzas basadas en la experiencia de 1871, tal y como denuncia pensando en la mayoría de los otros actores revolucionarios rusos, habían sido olvidadas. Para seguir, Lenin destaca de su diagnóstico que la Comuna fue «una experiencia histórica de grandiosa importancia», «un cierto paso adelante de la revolución proletaria mundial» y «un paso práctico más importante que cientos de programas y de racionios»<sup>45</sup>. En reiterados momentos la presenta como su modelo a seguir.

Por otro lado, cabe añadir que aquello importante no es solo lo que dice en el texto, sino lo que omite: curiosamente, en ningún momento se hace referencia al partido, un tema muy presente en escritos anteriores como *¿Qué hacer?* pero que en esos momentos seguramente hubiera resultado inoportuno.

Finalmente, Lenin destaca de Marx, aunque al hacerlo parezca estarse refiriendo a sí mismo, que es una persona que no cae en el utopismo sino alguien que aprende de las experiencias históricas, y en este caso de la Comuna. De ahí que Lenin diga del pensador alemán que «toma la experiencia real del movimiento proletario de masas y se esfuerza por sacar las enseñanzas prácticas de ella. «Aprende» de la Comuna como no temieron aprender todos los grandes pensadores revolucionarios de la experiencia de los grandes movimientos de la clase oprimida»<sup>46</sup>. Acto seguido añade, y aquí se incluye ya a sí mismo, que «no

---

<sup>43</sup> L. Trotsky, *Bajo la bandera de la comuna*, 1917, <https://www.marxists.org/espanol/trotsky/eis/1917.BajoBandeComuna.pdf> (fecha de última consulta: 15 de septiembre de 2019).

<sup>44</sup> Lenin, *El Estado y la revolución*, Caracas 2009, p. 78.

<sup>45</sup> *Ibid.*, p. 68.

<sup>46</sup> *Ibid.*, pp. 70-71.

somos utopistas»<sup>47</sup>. Lo que defiende es que tanto él como Marx no piensan en el futuro desde la altura de una abstracción teórica desconectada de la realidad sino desde unos hechos concretos que evidencian que lo defendido es y ha sido posible.

La Comuna es retratada por Lenin en *El Estado y la Revolución* como un tipo de democracia, pero una que se atreve a liquidar el parlamentarismo burgués y que es verdaderamente proletaria. De ahí que esta democracia, como sucede asimismo en el Marx dibujado por Lenin, se caracterice por defender la destrucción del Estado y que el revolucionario ruso llegue a hablar en este punto de la coincidencia del marxismo con el anarquismo (y por ello, añadimos, en contraposición a la lectura que hacen otras corrientes revolucionarias del momento como los socialdemócratas)<sup>48</sup>. La Comuna misma se le aparece a Lenin como un Estado que ya está en vías de extinción, uno en el que el ejército, la policía e incluso «la máquina burocrática» hacen acto de desaparición.

Así pues, la invocación a la Comuna se muestra como una referencia muy oportuna para el contexto del momento (y en la cual «olvida» mencionar un tema como su carencia de un partido unido y disciplinado)<sup>49</sup>. Su apelación a este episodio (y al Marx que la analiza) le sirve para desafiar el decurso de una revolución que, a su juicio, y recurriendo a los mismos referentes, no era suficientemente revolucionaria. Sin embargo, y debido a que la coyuntura cambiará a gran velocidad, las invocaciones de este episodio pasarán a ser menos oportunas unos años después, cuando se refuercen las estructuras estatales de una Unión Soviética en la que, lejos de desaparecer, se fortalezcan el ejército, la policía (la famosa Cheka de Dzerzhinski) y la burocracia. Eso ayuda a explicar el cambio de rol y de tono que más adelante sufrirá la memoria de la Comuna.

### 3. La comuna como espacio de litigio

Uno de los primeros y más conocidos textos críticos que se escribieron sobre la Revolución bolchevique provino de Karl Kautsky, el gran referente

<sup>47</sup> *Ibid.*, p. 71.

<sup>48</sup> *Ibid.*, p. 75. Según el anarquista Arthur Lehning, en cambio, «es probable que Lenin, al subrayar las metas anarquistas, lo hiciera para tranquilizar a los anarquistas, que desempeñaban importante y activo papel en la revolución. Lo cierto es que la afirmación de que sólo se trataba de un período de transición movió a los anarquistas a participar activamente en el establecimiento de la dictadura estatal de los bolcheviques» (A. Lehning, *Marxismo y anarquismo en la revolución rusa*, Buenos Aires 1974, p. 61).

<sup>49</sup> Según Hélène Carrère d'Encausse, y de manera un poco excesiva, «Lenin pretende sobre todo dar a la toma del poder por los bolcheviques una referencia que los legitime. La idea utópica de la Comuna –todo un pueblo ostentando el poder– es seguramente más fácil de justificar que un Partido que se apodere de él solo. Poco importa que el modelo de la Comuna, de existencia tan efímera, no sea muy convincente. Para Lenin, lo esencial es apelar a Marx, a esa breve aventura revolucionaria, y poner bajo sus auspicios reverenciados por todos los socialistas la aventura a la que se dispone a lanzarse» (H. Carrère d'Encausse, *Lenin*, Madrid 1999, p. 241). Ahora bien, se debe decir que, aunque las referencias al pasado podían tener un uso oportunista e instrumental, como fue el caso de Lenin, en verdad no solamente se agotaban en esta dimensión.

teórico del socialismo internacional de inicios de siglo y uno de los miembros más prominentes del Partido Socialdemócrata Alemán. La obra, titulada *La dictadura del proletariado*, no por casualidad comenzaba con unas frases que de nuevo remitían a la Comuna:

La actual revolución rusa ha hecho, por primera vez en la historia mundial, de un partido socialista el amo de un gran imperio. Acontecimiento este mucho más grandioso que la toma del poder en la ciudad de París, por parte del proletariado, en marzo de 1871. Pero, en un punto importante, la Comuna de París se encontraba por encima de la república soviética. Ella fue la obra de todo el proletariado. Todas las tendencias socialistas participaron en ella; ninguna se separó de ella o fue rechazada por ella. Por el contrario, el partido socialista que gobierna hoy a Rusia llegó al poder en lucha contra otros partidos socialistas. Ejerce el poder excluyendo de sus corporaciones gubernamentales a los otros partidos socialistas. La contradicción entre ambas tendencias socialistas no radica en cuestioncillas de celos personales, sino que es la contradicción entre dos métodos fundamentalmente distintos: el democrático y el dictatorial. Ambas tendencias quieren lo mismo: liberar al proletariado (y con él, a la humanidad) mediante el socialismo. Mas el camino que siguen los unos es considerado por los otros como un camino falso que lleva a la perdición<sup>50</sup>.

Kautsky cargó las tintas contra los bolcheviques por instaurar una dictadura (en nombre del proletariado) frente a la cual, y legitimando su postura desde los escritos de Marx, propugnaba los valores de la democracia. Este texto sentó como una bomba en Rusia, en especial debido al prestigio acumulado por Kautsky en el orbe socialista y, también, porque muchos de sus detractores sostuvieron que, de manera injustificada e incoherente, él había cambiado (y atenuado) su radicalismo político respecto a obras anteriores suyas como *El camino al poder*.

El libro fue inmediatamente respondido por Lenin en su *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*, quien denunció la completa y vergonzosa bancarrota de la Segunda Internacional, cuyo mayor ejemplo sería precisamente el mismo Kautsky, por despojar al marxismo de su espíritu vivo y revolucionario. De nuevo, la Comuna no dejó de estar presente en la réplica de Lenin, pues uno de los principales objetos de la polémica fue la expresión «la dictadura del proletariado», la empleada por Engels al valorar los episodios de 1871 en su introducción de 1891 a *La guerra civil en Francia*. Lo que el revolucionario ruso procura mostrar es que la Comuna no fue tan democrática como sostiene Kautsky (y por ejemplo suprimió el ejército, la burocracia o el parlamentarismo) y para ello también se sirve de las siguientes y famosas palabras de Engels:

Una revolución es, indudablemente, la cosa más autoritaria posible; es el acto mediante el cual una parte de la población impone su voluntad a la otra parte con fusiles, bayonetas y cañones, medios autoritarios si los hay; y el partido victorioso, si no quiere haber luchado en vano, tiene que mantener este dominio por el terror que sus armas inspiran a los reaccionarios. ¿Habría durado acaso un solo día la Comuna de

---

<sup>50</sup> K. Kautsky, *La dictadura del proletariado*, México 1975, p. 1.



París, de no haber empleado esta autoridad del pueblo armado frente a los burgueses? ¿No podemos, por el contrario, reprocharle el no haberla utilizado lo suficiente?<sup>51</sup>.

El problema de Kautsky, aduce Lenin, es que en su apología de la democracia lo que hace más bien es adocenar (y sesgar) el pensamiento de Marx así como acabar por salir en defensa de la democracia y del parlamentarismo en su vertiente liberal y burguesa. De esta forma, el conspicuo marxista alemán se destaparía a la hora de la verdad como un contrarrevolucionario más. Más adelante, la intervención de Lenin en el primer congreso de la Internacional Comunista continuará en esta misma línea y apostillará que, si ciertamente la Comuna de París dio el primer paso de importancia histórica mundial por el camino de la revolución, el Poder soviético dio el segundo<sup>52</sup>. La Comuna, pues, se presenta como un ilustre precedente, mas es la Revolución Rusa la reivindicada como su superación y como el nuevo referente revolucionario a seguir. Con ello, además, situaba a los bolcheviques como los legítimos herederos de los *communards*.

Kautsky no se quedó callado y respondió con *Terrorismo y comunismo*, donde insistió en su diagnóstico. Además, en esta obra denunció esa tradición revolucionaria que, partiendo del ejemplo de la Revolución Francesa, identificaba la revolución con el terror y al respecto incluso se refirió críticamente a la existencia de una «tradición del terror». Por esa razón, y recurriendo de nuevo al pasado para afinar la comprensión del presente, Kautsky bosqueja un paralelismo histórico entre los bolcheviques rusos y los jacobinos franceses. También bucea en los textos de Marx para mostrar que este mismo solamente estuvo a favor del Terror antes de la Comuna, acontecimiento que a su juicio le habría hecho cambiar de opinión. De hecho, emplea toda su disquisición histórica para reivindicar, pese a sus errores, la misma Comuna de 1871, que retrata como un buen ejemplo de democracia y pluralidad. Por otro lado, subraya Kautsky que es cierto que Engels vio en la Comuna un ejemplo de la dictadura del proletariado, pero también que ese ejemplo *de facto* era uno de carácter democrático. La dictadura en manos de los proletarios, por así decir, dejaría de ser una dictadura y pasaría a ser una democracia. Lenin y los bolcheviques, en cambio, habrían apelado a esa expresión para vaciarla de su contenido original e instituir un tipo de gobierno antagónico al nivel de los hechos.

La principal respuesta a Kautsky provino en esta ocasión de Trotsky en una obra portadora del mismo título, *Terrorismo y comunismo*<sup>53</sup>. El revolucionario

---

<sup>51</sup> Lenin, *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*, Madrid 2007, p. 20.

<sup>52</sup> Lenin, *Obras completas. Volumen XXXVII*, Moscú 1986, p. 519. En su intervención se detectan ataques implícitos, pero no por ello menos obvios contra Kautsky, como cuando afirma que «justamente ahora, cuando el movimiento soviético, que se extiende a todo el mundo, lleva adelante a la vista de todos la causa de la Comuna, los traidores al socialismo olvidan la experiencia concreta y las enseñanzas concretas de la Comuna de París, repitiendo la vieja cantilena burguesa de la «democracia en general». La Comuna fue una institución no parlamentaria» (Lenin, *Obras completas. Volumen XXXVII*, p. 511).

<sup>53</sup> Menos conocida es la respuesta que le brindó Karl Radek a Kautsky en *La dictadura proletaria y el terrorismo*, donde de nuevo la Comuna juega un rol muy importante y por ejemplo apunta,

ruso critica aquí las limitaciones de la democracia, cuya divinización por Kautsky reprocha, y llega a defender la necesidad del terrorismo en ciertas coyunturas<sup>54</sup>. Además, arremete contra el socialdemócrata alemán por haber «consagrado la mayor parte de su libro *Terrorismo y comunismo* a establecer un paralelo, groseramente tendencioso, entre la Comuna y el poder soviético, ve las cualidades predominantes de aquélla allí donde nosotros vemos sus desdichas y sus equivocaciones»<sup>55</sup>. Por ello, también Trotsky procura enlazar sus tesis con la existencia real de la Comuna y señala que esta «no hubiera podido sostenerse y afianzarse más que haciendo una guerra sin cuartel a los versalleses»<sup>56</sup>. Más adelante, recuerda la institución del Comité de Salud Pública, evocación de la Revolución Francesa y del terror jacobino. La misma Comuna, a su juicio, no habría quedado al margen de la tradición del terror que Kautsky tanto había recriminado.

Por ello mismo, no debe extrañar que la valoración de la Comuna por parte de Trotsky no sea tan elogiosa como las realizadas con anterioridad. Un ejemplo representativo es el siguiente:

---

con el fin de deshacer la equivalencia entre ella y la democracia, que los *communards* se alzaron contra los representantes elegidos libremente en las urnas.

<sup>54</sup> Al respecto, escribe por ejemplo «el que en principio renuncia al terrorismo, esto es, a las medidas de intimidación y represión con respecto a la contrarrevolución armada, debe renunciar también a la dominación política de la clase obrera, a su dictadura revolucionaria. Quien renuncia a la dictadura del proletariado, renuncia a la revolución social y pone una cruz sobre el socialismo» (L. Trotsky, *Terrorismo y comunismo*, Madrid 2005, p. 40). Más adelante añade: «La revolución no implica 'lógicamente' el terrorismo, como tampoco implica la insurrección armada. ¡Solemne vulgaridad! Pero, en cambio, la revolución exige que la clase revolucionaria haga uso de todos los medios posibles para alcanzar sus fines: la insurrección armada, si es preciso; el terrorismo si es necesario. La clase obrera, que ha conquistado el poder con las armas en la mano, debe deshacer por la violencia todas las tentativas encaminadas a arrebatarlo. Siempre que se halle en presencia de un complot armado, de un tentado, de un levantamiento, su represión será despiadada» (*ibid.*, p. 72).

<sup>55</sup> *Ibid.*, p. 83. Abundará en sus duras acusaciones contra el socialdemócrata alemán en el prólogo que añade en 1919 a la reedición de su libro *Resultados y perspectivas*: «Kautsky desarrolló y defendió durante décadas las ideas de la revolución social. Ahora, cuando ha estallado, se aparta lleno de espanto. Se resiste al poder soviético en Rusia y adopta una postura hostil contra el movimiento poderoso del proletariado comunista en Alemania. Kautsky se parece desconcertantemente a un maestrillo de escuela miserable que describe, año tras año, en las cuatro paredes de su clase enmohecida, a sus alumnos la primavera y luego, cuando por fin al final de su actividad pedagógica, sale una vez a ver la naturaleza en primavera, no reconoce la primavera, se enfada (lo que pueda enfadarse un maestrillo de escuela) e intenta demostrar que la primavera no es ninguna primavera sino sólo un gran desorden de la naturaleza, puesto que atenta contra las leyes de las ciencias naturales. ¡Qué bien está que los obreros no se fíen de este pedante, equipado de tan alta autoridad, sino que se fíen de la voz de la primavera! Nosotros, los discípulos de Marx, seguimos convencidos, junto con los obreros alemanes, de que la primavera de la revolución ha empezado en completo acuerdo con las leyes de la naturaleza social y, al mismo tiempo, con la teoría marxista; ya que el marxismo no es el puntero de un maestrillo de escuela que está por encima de la historia sino el análisis social de las vías y formas del proceso histórico tal como se realiza en realidad» (L. Trotsky, *1905: resultados y perspectivas. Volumen II*, París 1971, pp. 223-224).

<sup>56</sup> L. Trotsky, *Terrorismo y comunismo*, p. 68.

La Comuna de París de 1871 fue el primer ensayo histórico, débil aún, de dominación de la clase obrera. Nosotros veneramos el recuerdo de la Comuna a pesar de su experiencia demasiado limitada, de la falta de preparación de sus militantes, de la confusión de su programa, de la ausencia de unidad entre sus directores, de la indecisión de sus proyectos, de la excesiva turbación en las ejecuciones y del espantoso desastre que resultó de ella. Saludamos en la Comuna —según una expresión de Lavrov— a la aurora, aunque pálida, de la primera república proletaria<sup>57</sup>.

Aunque la Comuna sigue siendo un referente revolucionario, el cambio de tono salta fácilmente a la vista. La veneración a la que hace alusión viene inmediatamente seguida de una enumeración de graves defectos que, entre otras cosas, hablan con dureza de una experiencia demasiado limitada, de una falta de preparación o de un espantoso desastre final. A la hora de construir su interpretación histórica, Trotsky no solo se sirve de Lenin o de Marx, sino también de una figura anterior e importante en la tradición revolucionaria rusa como Piotr Lavrov, el mencionado autor de la letra de la Marsellesa Rusa y uno de los extranjeros que había participado en los hechos de 1871, acerca de los cuales había escrito *La Comuna de París del 18 de marzo*. En lo sucesivo la principal diferencia entre los dos episodios radicará en el éxito de la Revolución bolchevique y en el fracaso de la Comuna así como, en una crítica sorprendente pero que ya había sido deslizada por Lenin, en el carácter nacional de la segunda (a la cual acusa de conducir a la disolución de la Primera Internacional) y el internacional de la primera<sup>58</sup>.

Tras críticas como las de Kautsky, la memoria de la Comuna pasó de ser un respaldo a un posible incordio para los bolcheviques. En un principio el recuerdo de 1871 había inspirado y espoleado la movilización revolucionaria, pero, una vez que tomaron el poder, se convirtió en un referente que también podía adoptar un rol negativo y peligroso; uno que podía inspirar y espolear a los detractores internos a la revolución. De ahí que sus referencias no solo

---

<sup>57</sup> *Ibid.*, p. 83. En 1922, en la resolución que escribió sobre el partido comunista francés en 1922 para el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, comentó Trotsky: «La página más gloriosa en la historia del proletariado francés -la Comuna de París- no fue otra cosa que un bloque de todas las organizaciones y tendencias de la clase obrera francesa unidas contra la burguesía. Si, pese a la constitución del frente único, la Comuna fue rápidamente aplastada, la explicación de esto se encuentra sobre todo en el hecho de que el frente único no tuvo en su flanco izquierdo una organización genuinamente revolucionaria, disciplinada y resuelta, capaz de ganar rápidamente la dirección en el fragor de los acontecimientos» (L. Trotsky, *The First Five Years of the Communist International*, II, New York 1953, p. 200). Por ello mismo, recomendaba a la Federación del Sena, que consideraba como la heredera espiritual de la Comuna de París, que no debía ignorar las razones más importantes de la caída de la Comuna, es decir, esos principios democráticos, pequeño-burgueses y federalistas así como la ausencia de una mano dura que permitiera guiar, unificar, disciplinar y centralizar la revolución (*ibid.*, p. 215).

<sup>58</sup> Más adelante, Trotsky continuará con este tema y por ejemplo escribirá un prólogo para la obra histórica *La Comuna de 1871* de Claude Talès. Las tesis que expone son las mismas: crítica la indecisión de la Comuna, su incapacidad de aprovechar el momento inicial o sobre todo la falta de un centro dirigente que pensara de manera adecuada. Al respecto concluyó que «podemos hojear página por página toda la historia de la Comuna y encontraremos una sola lección: se necesita la fuerte dirección de un partido» (L. Trotsky, *Les leçons de la Commune*, en *La Commune de 1871*, C. Talès (ed.), París 1983, p. 177).

adquiriesen un tono más moderado y menos entusiástico, algo comprensible dado que lo que se quería mostrar era que el auténtico referente era la revolución que se estaba desarrollando en esos momentos en suelo ruso, sino que también fueran mucho menos frecuentes (lo que también se advierte de manera muy clara en las intervenciones de Lenin).

Una vez que los hechos de 1871 perdieron su interpretación unívoca se prefirió restringir sus apariciones y apelar a su recuerdo con cierta prudencia. La Comuna de París, por así decir, pasó de ser una luz indiscutible a una posible sombra, una que no dejaba de encerrar peligros, pues podía ser invocada para desautorizar las políticas de Lenin y reivindicar una orientación distinta al rumbo que había tomado la Revolución Rusa. El mismo Kautsky, quien todavía respondió a Trotsky en su *De la democracia a la esclavitud moderna*, destacó las contradicciones de apelar a ese acontecimiento como un referente, puesto que de la disolución del ejército de la Comuna se había pasado a la formación del ejército rojo, de la superación del Estado policial a la fundación de la cruel (*grausam*) policía política de la Cheka y de la superación de la antigua burocracia estatal a la burocratización de la sociedad. Al respecto llega a decir que «en ningún lugar está la sociedad más subordinada al Estado que en Rusia»<sup>59</sup>.

Una reacción asimismo contraria al naciente Estado bolchevique se dio entre los anarquistas, especialmente en la revuelta de Kronstadt de 1921. En esa fecha se fundó una comuna revolucionaria bajo la égida de la de 1871 que los anarquistas del resto de la Unión Soviética saludaron con alborozo como la Segunda Comuna de París y que en algunos casos quisieron emular<sup>60</sup>. Como se sabe, los bolcheviques no toleraron esta insurrección y Trotsky se encargó de aplastarla de una manera brutal. Además, su sangrienta victoria coincidió con el quincuagésimo aniversario de la proclamación de la Comuna, por lo que los paralelismos entre ambos acontecimientos abundaron y los nombres de Trotsky y Zinoviev fueron puestos al lado de los de Thiers y Galliffet, los demonizados represores de los *communards*<sup>61</sup>. La represión de la revolución se había volcado ahora sobre los mismos revolucionarios, razón por la que la anarquista Emma Goldman afirmó que los bolcheviques habían pasado a ser los mayores enemigos de la revolución y la rusa a ser el ejemplo paradigmático de cómo no hacer la revolución<sup>62</sup>.

Desde el lado vencedor, en cambio, el triunfo en octubre de 1917 relativizó y ensombreció el recuerdo del derrotado y aplastado 1871, lo que sirvió a su vez

---

<sup>59</sup> K. Kautsky, *Von der Demokratie zur Staats-Sklaverei. Eine Auseinandersetzung mit Trotsky*, Berlín 1921, p. 43.

<sup>60</sup> P. Avrich, *Kronstadt 1921*, Buenos Aires 1973, pp. 60 y 170. Antes, por cierto, la comuna de Rostov, que animó la breve República del Don en 1918, o también la Comuna de Bakú, se habían presentado como comunas que se inspiraban en la de París (véanse respectivamente R. Stites, *Revolutionary Dreams. Utopian and Experimental Life in the Russian Revolution*, Oxford 1992, p. 53 y R. Suny, *The Baku Commune, 1917-1918. Class and Nationality in the Russian Revolution*, Princeton 1972, p. 209).

<sup>61</sup> E. Goldman, *Mi desilusión en Rusia*, Barcelona 2018, p. 232.

<sup>62</sup> *Ibid.*, pp. 12 y 22.

como un factor de legitimación: el fracaso de la Comuna habría demostrado la necesaria toma de controvertidas medidas como las que habían llevado al éxito de la Revolución Rusa y que influirían a la hora de enfocar la estrategia revolucionaria comunista venidera. La interpretación leninista (y de paso la trotskista) pasó a ser en poco tiempo la canónica, con mayor razón tras la definitiva victoria bolchevique, la formación de la Tercera Internacional y la consolidación de Lenin como uno de los grandes referentes teóricos y prácticos del comunismo. Esto se percibió en los nuevos libros de historia que la abordaron, como el de A. G. Slutskii, publicado en 1925<sup>63</sup>, y Stalin la siguió también en *Cuestiones del leninismo* (1926). Por su parte, Zinoviev destacó en *Una lección de cinco años* que la Comuna sería la revolución en estado infantil y la de Octubre en el de adultez. Solo esta brindaba un ejemplo eterno e inmortal. Su conclusión sigue a grandes rasgos la interpretación que prevalecería en el discurso oficial de la época:

Una minúscula pero en el fondo inmensamente grande experiencia práctica como la de la Comuna de París hizo inmortal el levantamiento del proletariado parisino hace cincuenta y un años. Ese fue el ejemplo que se dio a los trabajadores de todo el mundo de cómo derrocar a la burguesía. El magnífico ejemplo de la Revolución Bolchevique en estos cinco años otorga, en un grado incomparablemente más alto, la inmortalidad al logro de las clases trabajadoras rusas. La revolución proletaria rusa (...) vive en el corazón de los trabajadores de todo el mundo. Es para ellos un modelo que intentarán copiar. Es su grito de guerra, su esperanza, su estrella guía. En una palabra, el elemento inmortal de la Revolución Rusa reside en el hecho de que es el comienzo de la Revolución Mundial<sup>64</sup>.

Sin embargo, la presencia de la Comuna también se redujo debido al propio desarrollo de la revolución. Una vez que triunfó y se consolidó ya no era necesario ni conveniente apelar a un pasado revolucionario anterior (y además de otro país), especialmente después del fracaso a la hora de contagiar el empuje revolucionario por Europa, lo que quedó simbolizado en la debacle en la batalla de Varsovia (1920) y sancionado en el Tratado de Riga (1921). En un momento en que la naciente Unión Soviética, envuelta además en lo que se ha llamado un «comunismo de guerra», concentró gran parte de sus esfuerzos en reorganizarse y fortalecerse a nivel interno, y más tarde en desarrollar el plan del «socialismo en un solo país», la relación con la tradición revolucionaria inevitablemente se transformó. Como es lógico, no es lo mismo apelar a ella desde el poder que hacerlo desde la resistencia o la oposición. Además, no se debe olvidar que los rasgos de la Comuna expuestos por Lenin en *El Estado y la revolución* fueron contradichos por la organización práctica de una Unión Soviética en la que el aparato estatal no cesó de reforzarse. Por eso, no debe sorprender que Trotsky quisiera subrayar el carácter rupturista de la Revolución de Octubre y que, en una afirmación no exenta de exageración, escribiera en *La literatura y la revolución*

---

<sup>63</sup> A. Willimott, *Living the Revolution*, p. 43.

<sup>64</sup> G. Zinoviev, *A Five Years' Lesson*, «Die rote Fahne», 1922, <https://www.marxists.org/archive/zinoviev/works/1922/11/07.htm> (fecha de última consulta: 15 de septiembre de 2019).

(1923) que el acontecimiento de 1917 «ha entrado en la Historia del pueblo ruso como suceso decisivo, imprimiendo valor y sentido a todos sus elementos. El pasado palideció, se hundió y desapareció».<sup>65</sup> Unas páginas más adelante agrega que el comienzo de la nueva historia de la humanidad tendrá por fecha el 7 de noviembre de 1917.<sup>66</sup>

El mismo carácter efímero de la Comuna, nada más que unas diez semanas, ayudó a que se le opusiera una suerte de «principio de realidad» que se usó para justificar las controvertidas medidas emprendidas. Si antes Lenin había acudido a la Comuna para contrarrestar los planteamientos utópicos, con el tiempo ella misma fue apareciendo bajo el rostro de una utopía ingenua que no debía ser imitada. De ahí por ejemplo que en 1920 Lenin comentara ahora que «nuestra revolución se diferencia de las precedentes porque la nuestra está desprovista de utopismo»<sup>67</sup>. Además, las apelaciones a la Comuna, a causa del propio desarrollo histórico de esta, corrían el riesgo de aproximarse demasiado a un mensaje de tono anarquista. En un artículo poco conocido publicado para la revista *Die Gesellschaft*, Kautsky ya advirtió en 1925 que los bolcheviques estaban cada vez menos deseosos de establecer paralelismos entre su revolución y la *communard*, pues las diferencias entre ambas ya eran demasiado llamativas (*auffällig*)<sup>68</sup>. En verdad, el recuerdo de la Comuna no desapareció, pero sus invocaciones fueron más simbólicas y difusas que no discursivas y legitimadoras.

Todo ello influyó en que la memoria de la revolución se identificara cada vez más con la memoria de la misma Revolución Rusa, y en realidad con una memoria que estaba centrada o filtrada desde lo acontecido en los hechos de Octubre y focalizada sobre todo en lo acaecido en Petrogrado<sup>69</sup>. Como ha escrito José María Faraldo,

en general, la memoria y el mito le han concedido mayor importancia a Octubre, cediendo así a la propia autoimagen de los bolcheviques, que la consideraban una revolución comparable –e incluso superior– a la Revolución francesa de 1789. Octubre ha sido comprendido, durante muchos años, como el origen –positivo o negativo, según colores políticos– de un mundo nuevo<sup>70</sup>.

La Revolución de Octubre se convirtió en el modelo y ejemplo paradigmático de toda revolución. Con ello provocó una actualización de la tradición revolucionaria que supuso el progresivo apartamiento o desplazamiento de la herencia anterior a una posición más secundaria e incluso subordinada. A partir de entonces, la Revolución Rusa apareció como el principal referente, e incluso

---

<sup>65</sup> L. Trotsky, *Literatura y revolución*, Buenos Aires 1964, p. 54. La traducción del libro no es la mejor y se recomienda cotejarla con la llevada a cabo en otros idiomas.

<sup>66</sup> *Ibid.*, p. 150.

<sup>67</sup> Lenin, *Obras Completas, Volumen XL*, Moscú 1986, p. 263.

<sup>68</sup> K. Kautsky, *War die Pariser Kommune deutschfeindlich?*, «Die Gesellschaft», I, 1925, p. 228.

<sup>69</sup> B. Kolonitskii, *On Studying the 1917 Revolution: Autobiographical Confessions and Historical Predictions*, «Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History», XVI, 4, 2015, p. 752.

<sup>70</sup> J. M. Faraldo, *La revolución rusa: historia y memoria*, p. 186.

el nuevo punto de partida, de la ulterior tradición revolucionaria comunista y los más lejanos ecos de la Comuna se escucharon cada vez menos. Se trata de un fenómeno que en verdad se repite tras las grandes revoluciones: una vez que pasan a ser los nuevos referentes relegan a los suyos. Este tránsito se constató con mayor fuerza tras el fallecimiento de Lenin en 1924, el cual vino seguido de la veneración de su figura y de identificar gran parte de los méritos y hazañas de la Revolución Rusa con su persona. El culto a ambos se entremezcló y el leninismo apareció así como la doctrina oficial de la Unión Soviética.

#### 4. El poder y la memoria

En estas páginas hemos intentado mostrar la relevancia que tuvo la memoria de la Comuna de 1871 en la Revolución Rusa y, con ello, la importancia de la tradición revolucionaria. Por añadidura, lo que se percibe en este análisis es que su importancia fue en gran medida discursiva, pues el episodio de la Comuna, además de constituir un ejemplo de interpelación, movilización e identificación de las generaciones venideras con un precedente socialista, también fue empleado como un espacio de reflexión, de discusión teórica y de aprendizaje. De ahí que su memoria se caracterizase por fomentar o cobijar una gran productividad teórica, tal y como se atestiguó en *El Estado y la revolución* de Lenin. La labor y los efectos de esta productividad incluso se exhibieron de una manera abierta y propagandística, como sucedió en el documento del gobierno bolchevique *Cómo tomamos control del banco estatal*, publicado el 6 de noviembre de 1918 en el periódico *Ekonomicheskaja Zhizn*, donde se comenzaba especificando que «se le reprocha generalmente a la Comuna no haber tomado posesión del Banco Nacional de Francia. El gobierno soviético no repitió este error»<sup>71</sup>. Así se quería mostrar a la población que la lección de la Comuna había sido aprendida.

Además, la presencia de la Comuna también se manifestó a nivel cotidiano, en el calendario festivo, en octavillas, en los grandes espectáculos en honor a la revolución (la mitad del primer acto del famoso *Hacia la Comuna mundial* estaba dedicado al acontecimiento parisino), en la toponimia urbana, en monumentos dedicados a su memoria o en la publicación de periódicos con nombres como *Severnaia Kommuna* (la Comuna del Norte), el principal de Petrogrado, por no hablar de la adopción de numerosos símbolos que la evocaban de manera directa o indirecta, desde un himno como la Internacional hasta la bandera roja. De hecho, como ha destacado Richard Stites, la misma palabra *kommuna* (frente a otras rusas como *obschina*) también comenzó a difundirse por entonces en Rusia<sup>72</sup>. Y en un famoso cartel de 1921 los bolcheviques reivindicaban la herencia *communard* con un texto en el que se podía leer que «los mártires de

---

<sup>71</sup> Citado en J. Bunyan y H. H. Fisher, *The Bolshevik Revolution: 1917-1918. Documents and Materials*, Stanford 1934, p. 319.

<sup>72</sup> R. Stites, *Revolutionary Dreams*, p. 208.

la Comuna de París fueron resucitados bajo la bandera roja de los soviets»<sup>73</sup>. Todavía en el año 1929 Grigori Kozintsev y Leonid Trauberg dirigieron un conocido largometraje sobre la Comuna, *La nueva Babilonia*, aunque, ya dentro del régimen stalinista, fue tijeeteado por la censura. Por todo ello, el historiador Günter Grützner ha señalado que a partir de 1917 se desarrolló un culto a la Comuna<sup>74</sup>, un culto al que por cierto también contribuyeron sus mismos herederos directos, pues una de las últimas banderas que ondeó en el París de 1871 fue regalada por los comunistas franceses y colocada en la tumba de Lenin para envolver su cadáver<sup>75</sup>.

Lo primero que se observa en este análisis es cómo cada presente no cesa de dialogar con el pasado (un pasado determinado y, por así decir, escogido). Además, este pasado no solamente influye, tal y como ha tendido a ser estudiado, bajo la forma de causas sino que lo hace bajo la de una memoria viva, como un pasado extenso y flexible que alcanza hasta el presente y que no se deja confinar al estatuto de mero pasado. Eso explica que la mayoría de libros que estudian los hechos de la Revolución Rusa se refieran poco a la Comuna de 1871 o que puedan no mencionarla ni una sola vez en sus páginas<sup>76</sup>. En rigor, no constituyó nada parecido a una causa ni, desde luego, tampoco formó parte de los hechos históricos de 1917. Sin embargo, su recuerdo no dejó de estar presente por doquier en la revolución y es innegable su importante dimensión simbólica. Por todo ello, la memoria de 1871 puede ser definida, por así decir, como un pasado que no pasa; uno que transcurre y fluye, pero que no muere ni se extingue. Por eso mismo, la vida de ese pasado también se manifiesta en su carácter relativamente proteico, no tanto por lo que respecta al retrato general de los hechos, donde el margen de maniobra aun sin ser inexistente es más reducido, cuanto en el sentido, la interpretación y ante todo la valoración que se hacen de ellos. En algunos casos, como en Trotsky o Lenin, será el juicio de una misma persona, y en conexión con el rumbo de los acontecimientos, el que se transforme. Del mismo modo que el pasado influye en el presente, también el presente influye en ese pasado bajo cuyo legado y cuya influencia se sitúa.

Por esa razón, es tan importante tener en cuenta qué episodios son recordados e integrados en la tradición (en este caso revolucionaria) y cuáles son omitidos o posteriormente olvidados. Por lo mismo, también es crucial observar cuándo desempeñan un rol central y cuándo pasan a ejercer un papel más secundario. Los contenidos de la memoria, si bien «siempre» a disposición, pueden ser puestos en primera línea en coyunturas oportunas. A menudo, por ello, más importante quizá que la valoración que se hace de un acontecimiento

---

<sup>73</sup> J. v. Geldern, *Bolshevik Festivals, 1917-1920*, Berkeley 1993, p. 179.

<sup>74</sup> G. Grützner, *Die Pariser Kommune. Macht und Karriere einer politischen Legende Die Auswirkungen auf das politische Denken in Deutschland*, Wiesbaden 1963, p. 204.

<sup>75</sup> *Ibid.*, y J. v. Geldern, *Bolshevik Festivals*, p. 180.

<sup>76</sup> Este sería el caso de libros como *1917. La Revolución Rusa* de Rex Wade o la *Nueva historia de la revolución rusa* de Sean McMeekin e incluso *The Origins of the Russian Revolution* de Alan Wood.



es la presencia o visibilidad que se le quiere dar y, de este modo, cómo se quiere impulsar tanto un debate como establecer el marco desde donde encararlo. Eso fue lo que hizo Lenin en varias ocasiones y lo que más tarde, y desde otro lado, quiso hacer Kautsky.

La importancia histórica de la memoria, en este caso la revolucionaria, se explica porque ella también constituye una forma de poder simbólico (por decirlo con la famosa expresión de Pierre Bourdieu) que influye en los derroteros del presente. Y quien quizá haya penetrado con mayor profundidad en este tipo de poder, desde su propia perspectiva y sin llamarlo específicamente de este modo, haya sido Claude Lefort, quien dedicó una especial atención a su dimensión simbólica, estética y «representacional».

Para este pensador, el poder puede ser retratado en pocas palabras como el lugar desde donde una comunidad se hace ver, leer y nombrar<sup>77</sup>. Por ello mismo, por poder Lefort entiende toda esa compleja y no pocas veces heteróclita constelación de elementos que de algún modo y desde diferentes tipos de lenguajes, formatos y soportes *representan* a la sociedad. Asimismo, el poder se manifiesta como una instancia de legitimidad que, como se ha visto en el caso de la Comuna de París, a su vez también lo es de reflexión, de representación y de identidad. De ahí que este poder tematizado por Lefort no sea uno asociado a los *arcana imperii* (con los cuales de todos modos no es incompatible), sino uno plena y queridamente visible, uno que se esfuerza por prevalecer y regir en el régimen de las apariencias (así como en los discursos que directa o indirectamente influyen en este).

El poder se manifiesta por tanto como un agente de presentación, representación, cohesión y movilización al mismo tiempo, como uno de afirmación y refuerzo simbólico, como una forma de inteligibilidad y continuidad de la misma sociedad que muestra y escenifica públicamente la comprensión que «ella» tiene de sí misma. En opinión de Lefort, la sociedad «se ocupa siempre de darse razón de lo que es: lo que es ha de ser como debe ser»<sup>78</sup>. Con este propósito, la apelación al pasado, tanto a nivel discursivo como estético o simbólico, ha sido un recurso habitual. Desde la memoria evocada se cimienta parte de la postulada identidad de una sociedad que se pone de relieve en una multiplicidad de resortes distintos, algunos de ellos no propiamente discursivos y otros que sí. Y donde la discusión histórica y teórica, como la entablada en relación con la Comuna, puede alimentar, explicar y legitimar a los primeros. El aspecto discursivo, con frecuencia, no es en modo alguno irrelevante, pues es el que permite proporcionar la interpretación ortodoxa sobre aquello más puramente visual y, a priori, menos teórico. Seguramente por eso Lenin y Trotsky dedicaron tanto tiempo a polemizar con Kautsky y rebatir su lectura de

---

<sup>77</sup> C. Lefort, *La incertidumbre democrática: ensayos sobre lo político*, Rubí 2004, p. 25. Para un acercamiento a la concepción lefortiana del poder, véase E. Straehle, *Repensar el poder desde Claude Lefort: una propuesta interpretativa*, «Res Publica. Revista de historia de las ideas políticas», XXII, 2, 2019, pp. 477-494.

<sup>78</sup> C. Lefort, *La incertidumbre democrática*, p. 26.

la Comuna. Sin embargo, esos mismos debates evidenciaron cómo su herencia podía ser reivindicada desde otros lados que no eran el propio.

Lefort subraya que la sociedad puede ser entendida como una unidad en conflicto, y por eso mismo acentúa que ella no cesa de confrontarse con la contingencia de su organización y, a su vez, con la aspiración o la exigencia a querer suprimirla<sup>79</sup>. Eso explica que el pasado, que aporta un aura de estabilidad y de permanencia, sea tan importante para un presente que sin su respaldo corre el riesgo de caer en la volatilidad o de parecer arbitrario, sin una tradición anterior que le apoye o «aporte» su razón de ser. El poder se manifiesta así como una instancia que se esfuerza por alcanzar esa representación, esa legitimidad y esa inteligibilidad, todas ellas idealmente en singular, pero que no lo suele lograr de manera plena y que a menudo está en disputa. O que en cualquier momento puede ser discutida. De ahí que la Comuna, en un principio legitimadora de la lucha revolucionaria, pasase progresivamente a ocupar un papel distinto y que, aunque nunca fuese desdeñada, su visibilidad y trascendencia política sí se redujeran. La misma búsqueda incesante de legitimación del poder revolucionario, que permite otorgar un carácter fundante a la nueva sociedad emergente, contribuyó a que su referente se traspasase a un episodio emocional y temporalmente mucho más cercano y efectivo: el mismo recuerdo de la Revolución de Octubre. De precursora e inspiración del futuro la Comuna pasó a ser entendida sobre todo como un precedente de este pasado más reciente.

Las grandes revoluciones suelen generar desplazamientos en los referentes de su propia tradición. Las revoluciones exitosas adquieren un carácter fundante, donde el recuerdo del propio acontecimiento fundacional pasa a ocupar, si bien no de modo exclusivo, el principal lugar de la tradición revolucionaria. Se trata de un aspecto poco estudiado, pues la memoria que se cultiva *contra* el poder y la que se construye *desde* el poder varía sensiblemente, tanto en recursos y visibilidad como en el contenido discursivo. Como es lógico, el recuerdo de un acontecimiento insurreccional, y para muchos uno problemático y más próximo al anarquismo que al comunismo, no era el óptimo para la estabilidad del naciente Estado soviético.

Para el caso que nos ocupa, eso no solo condujo al desplazamiento de la Comuna a una posición de secundariedad sino también a que el estudio y el rol de su memoria en la Revolución Rusa, pese al rol central que tiene en los textos desde los que Lenin justificó sus posicionamientos políticos a lo largo del año 1917 y su actuación en el episodio de Octubre, haya sido, pese a aproximaciones como las de Georges Haupt, o Günter Grützner, insuficientemente resaltado y estudiado. De ahí también, por ejemplo, que un libro fundamental sobre la memoria y el universo simbólico de la Unión Soviética como el de Graeme Gill, *Symbols and Legitimacy in Soviet Politics*, casi no dedique espacio a la Comuna, pese a que de todos modos reconozca que formaba parte de los pocos días festivos del nuevo régimen y no se pregunte el porqué de tamaño honor. La Comuna

---

<sup>79</sup> *Ibid.*, p. 26.

siguió formando parte como un elemento ilustre de la memoria soviética, pero sobre todo, por así decir, de la prehistoria o protohistoria, e incluso de la «prememoria», del régimen soviético, cuando aún no se había alcanzado el poder y este no se había estabilizado todavía.

Edgar Straehle  
Universitat de Barcelona  
✉ edgarstraehle@gmail.com